

## CAPITULO IX.

El lobo con piel de oveja.

Retrocedamos ahora, para reanudar el hilo de la historia de algunos personajes, al día del pronunciamiento en que empezó en México la lucha entre Polkos y Puros.

Al terminar uno de nuestros capítulos, dejamos á la desgraciada Soledad esperando en su humilde cuarto la llegada del infame Willey, que se habia valido de una carta fingida para arrancarla de allí y triunfar de su virtud.

La noche estaba serena, pero oscura.

Las puertas de todas las casas, cerradas, por el temor que infunde toda revolucion.

Por las calles no transitaba ninguna persona.

Solo en las sólidas y elevadas torres de las iglesias, y en las azoteas de los edificios públicos se veían pasear, como vagarosos fantasmas, á los imponentes centinelas, dejando escapar de vez en cuando el grito aterrador de *¡centinela, alerta!* que iba repitiéndose de torre en torre, hasta perderse á lo lejos como el ruido del trueno entre las montañas, anunciando la tempestad.

Solo un hombre, sin insignia ninguna militar, cruzaba en aquel momento á toda prisa la lúgubre y espaciosa plazuela de Juan Carbonero.

En su fisonomía se marcaba la impaciencia y la ansiedad.

Parecia que algun grave asunto le obligaba á transitar por aquellos sitios solitarios y excéntricos, á juzgar por su marcha veloz y la agitada respiracion de su pecho.

Al llegar á la esquina del colegio de las Bonitas, se detuvo un instante para ver el rumbo que debia tomar; pero temiendo ser detenido por la fuerza que ocupaba el Hos-

pital de Terceros que se descubria á la derecha, siguió rectamente por el convento de la Concepcion, pasó las dos calles de San Lorenzo, torció á la derecha tomando la de la Pila Seca, y doblando luego á la izquierda por la calle de la Cerca de Santo Domingo, llegó á la plazuela de este nombre, que es uno de los sitios destinados á los coches de alquiler.

El hombre dirigió la vista hácia el punto donde suelen encontrarse aquellos, como si buscase alguno; pero notando que no habia ni un solo carruaje, dejó escapar una imprecacion, arrancada por su impaciencia y mal humor.

—¿Se me frustrará hoy tambien mi plan?—Dijo para sí con marcado enojo.—¡Oh! ¡no! Es preciso aprovechar estos instantes en que Adela está dispuesta á seguirme, creyendo que la voy á conducir á donde se halla su supuesto primo Félix. Perder esta oportunidad, seria renunciar á los goces que por tanto tiempo he suspirado. ¡Imposible! Me he propuesto alcanzar esta noche sus caricias estrechándola en mis

brazos... embriagarla con mi aliento, y lo conseguiré, aunque sea preciso andar todo México para encontrar un coche y alquilarlo á cualquier precio. Por aquí cerca, si no me engaño, hay una carrocería donde podrán proporcionarme uno pagando bien... sí; marchemos.

Y Willey se dirigió á la calle de la Perpetua que tenia enfrente.

Al haber andado poco mas de la mitad de ella, se detuvo en una ancha puerta de una casa que estaba á la izquierda, y llamó con un grueso baston que llevaba.

—¿Quién es?

Preguntó una voz ronca desde adentro.

—Uno que quiere un coche.

—No se alquila ahora ninguno: hay pronunciamiento, y los cocheros se han marchado á sus casas desde muy temprano.

—Pagaré lo que se me pida.

—Ni aunque comprase vd. el carruaje.

—Es para ver á un enfermo que vive muy lejos: hágalo vd. en nombre de la humanidad.

—Le he dicho á vd. que no puede ser, porque no hay cochero ninguno en casa.

Contestó de mal humor el de adentro, al ver la tenacidad del solicitante.

Willey, desesperado, dió una patada en el suelo, y buscó en su memoria otras carrocías.

—¡Ah! En la calle de Vanegas hay una donde podrán servirme.... Sí.... corramos....

Y torció por la calle del Reloj, tomando luego á la izquierda por la de S. Ildefonso.

—¿Quién vive?

Le preguntó el centinela que estaba en la esquina de la iglesia de S. Pedro y S. Pablo.

Willey se quedó sin saber qué contestar; si libertad ó religion.

Ignoraba quiénes habian ocupado aquel sitio, si Polkos ó Puros, y permaneció perplejo.

En cualquiera otra ocasion hubiera contestado "México;" pero entonces la infernal empresa que ocupaba su imaginacion y la sorpresa, le ofuscaron el entendimiento.

—¿Quién vive?

Volvió á preguntar el centinela.

El doctor, preocupado con la idea de que era preciso contestar Religion ó Libertad, y temiendo responder lo que no convenia, se arrimó á la pared, y empezó á caminar hácia atras para alejarse.

El centinela volvió á preguntar por tercera vez, y al no recibir respuesta, disparó su fusil, cuya bala pasó silbando por cerca de Willey.

Entonces, como si aquel tiro hubiese sido la señal de combate, empezó á cruzarse un vivo fuego de fusilería de una torre á otra, disparando sobre el primer bulto que se descubria.

El doctor no sabia qué direccion tomar.

Despues de haber retrocedido á la calle del Reloj, no se atrevió á avanzar por la de Montealegre, porque al desembocar en la del Indio Triste, no le hiciesen fuego desde S. Pedro y S. Pablo, ni tampoco creyó prudente dirigirse por la de Santa Teresa, porque los centinelas que guardaban la azotea de palacio, podian verle y disparar sus armas sobre él.

Aguijoneado por el deseo de satisfacer su bastarda pasion, y temiendo á la vez recibir una herida que le impidiese conseguir sus fines, Willey no sabia qué resolucion tomar.

El tiempo transcurria, y no acertaba á quién obsequiar, si á su miedo ó á su pasion.

Entre tanto el fuego se aumentaba, y Willey, para no perecer, se colocó en el hueco que formaba una puerta.

Allí, replegado, y sin atreverse á hacer movimiento alguno, esperaba á que el tiro-teo cesase para dirigirse inmediatamente en busca del coche, pues á pesar del peligro en que se hallaba, no queria renunciar á los goces que se habia propuesto disfrutar.

—He triunfado de Nuñez haciéndole desaparecer de la lista de los vivientes—dijo para sí—y es preciso alcanzar esta misma noche las caricias de la que fué su amante, para que mi corazon quede plenamente satisfecho. ¡La venganza y el amor! ¡Hé aquí los dos goces positivos de mi alma!

Y halagado por esta infernal idea, casi se olvidó del peligro que corria su vida.

Soledad, entre tanto, le esperaba impaciente.

Anhelaba ver al hombre que creia se habia huido de la injusta prision en que fué encerrado, y temia que el doctor, ocupado en visitar enfermos, hubiese dejado para otro dia la entrevista que D. Félix habia solicitado.

—Seguramente no ha encontrado coche—pensó:—el temor sin duda habrá obligado á los cocheros á retirarse antes de la hora acostumbrada. ¡Y qué dirá D. Félix, ese desgraciado hombre que me espera para comunicarme alguna cosa importante, y cuya permanencia en el sitio que ha elegido podria comprometerle! ¡Ah! ¡Si yo pudiese ir sola...! pero, ¡imposible...! El barrio á donde me cita en su carta está muy retirado.... Y sin embargo, si el doctor no viene, tendré que ir sola, sí.... sola. Tal vez la vida del que un tiempo me salvó del poder de mis raptores depende de este paso...:

Y Soledad se puso á coser para que el tiempo se le hiciese mas ligero.

El fuego de fusilería habia cesado completamente en la ciudad.

El silencio mas profundo volvió á reinar por todas partes, interrumpido solamente por el grito de ¡alerta! que los centinelas pronunciaban cada media hora.

El reloj de S. Diego empezó á sonar la hora.

Soledad suspendió la costura por un instante, y se puso á contar las campanadas.

—¡Las nueve!—Dijo levantándose, y dejando sobre la silla lo que estaba haciendo.—¡No parece aún! ¡qué haré? Si hubiera una persona que me acompañase.... ¡Ah! tal vez se prestaria á ello el padre de mi antigua criada; ese pobre albañil á quien siempre he encontrado dispuesto á servirme.... Sí; voy á suplicarle que me acompañe.... por fortuna vive en la casa de enfrente....

Soledad se dispuso á salir cuando oyó el ruido de un coche que se aproximaba.

—¡Es él!

Exclamó llena de regocijo.

La llegada de Willey era para Soledad, en aquel momento, el asunto de mas importancia.

Le creia un amigo fiel y sincero; uno de esos hombres llenos de abnegacion que ahogan sus intereses en aras del amor y de la amistad; un fiel abogado y confidente del jóven que habia conseguido fugarse de la oscura prision.

¡Desdichada! No sabia que era la serpiente que adormece á su víctima para devorarla; el lobo disfrazado con la piel del cordero para inspirar cofianza y saciar su apetito. Ignoraba que el desventurado D. Félix estaba sentenciado á muerte, y que el infame por quien iba á sufrirla, era el mismo que ella, con indecible afan, esperaba.

El coche se detuvo de repente.

La jóven, impaciente por llegar pronto á donde creia que D. Félix le esperaba, se puso el rebozo, cerró la débil puerta de su cuarto, y salió á la del zaguán.

El coche no se habia detenido allí.

Acababa de hacer alto en la casa precisamente en que vivía su antigua criada.

Soledad, creyendo que el doctor se hubiese equivocado, se dirigió á donde estaba el carruaje.

En aquel momento se abrió la portezuela, dando salida á un hombre, en cuyo rostro estaban pintados el dolor y la aflicción.

La jóven se acercó á él, y quedó abatida al ver que no era Willey.

En el mismo instante bajó del coche otro personaje.

Era un sacerdote de faz dulce y aspecto venerable.

Soledad dejó escapar una exclamación de júbilo al verle.

El padre levantó la vista al escuchar aquella voz, y pronunció, admirado, el nombre de la jóven.

Era el padre Enrique á quien tantos favores debía.

Casi al mismo tiempo llegó al sitio de la escena otra persona que se quedó oculta detras del coche con objeto de escuchar sin ser vista.

—¡Qué felicidad la mía, que al fin le vuelvo á ver á vd., padre!

Exclamó Soledad besando respetuosa la mano del sacerdote.

—Lo ha hecho la Providencia que me ha traído á confesar á una moribunda y á permanecer á su lado durante la noche.

—¡Cuánto bendigo este encuentro! ¡Tengo tanto que decirle...! ¡me han pasado tantas cosas desde que dejamos de vernos!

El hombre que se habia ocultado detras del coche, dejó ver en su rostro una señal de temor.

—Señor—exclamó el que habia bajado con el padre—la moribunda necesita de los auxilios de vd.

—Sí, entremos:—contestó el padre Enrique; y luego, dirigiéndose á Soledad, añadió:—Vaya vd. á verme mañana á las diez, á la iglesia, como en otro tiempo, porque tengo importantes cosas que comunicarle, y anhelo escuchar las suyas.

—Iré, padre mio.

—Adios, pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

El hombre que acompañaba al sacerdote, despues de sacar una moneda y de entregársela al cochero, entró á la casa diciendo al auriga que podia retirarse.

Aun estaba la jóven mirando hácia el interior del zaguan por donde marchaba el padre, cuando el hombre que habia estado detras del coche se presentó como si acabase de llegar.

—¿Está libre el carruaje?

Preguntó dirijiéndose al cochero.

Soledad volvió la cabeza al escuchar la voz del que hablaba, y dijo llena de placer.

—¡Ah! ¡por fin ha llegado vd., señor Willey!

—¿Vd. aquí?

Exclamó el doctor fingiendo asombro, y como si no hubiese reparado antes en la jóven.

—Sí señor: me hallaba impaciente por su tardanza, y al escuchar ruido de coche, salí de mi casa creyendo que vd. la habia equivocado.

—Nada de eso; mi corazon no se equivo-

caria ni aun en medio de la mayor oscuridad. El motivo de mi tardanza ha consistido en que he recorrido todas las carrocerías sin que encontrase dispuesto un coche.

Y era verdad: Willey, en cuanto cesó el fuego, salió de la puerta en que, por decirlo así, habia estado embutido, y se dirijió á distintas carrocerías, sin que nada consiguiese.

Entonces, resuelto á no abandonar su empresa, se propuso conducir, aunque fuese á pié, á su víctima; pero la casualidad hizo que al llegar á la calle en que vivia Soledad, descubriese aquel carruaje y se acercase á él con el objeto de tomarlo.

La voz de Soledad y del sacerdote, que reconoció al instante, le hizo que se ocultase de los dos para no ser visto.

—¿Está libre el coche?

Volvió á preguntar al auriga.

—Sí señor.

—Pues condúcenos á la calle de C\*\*\*

—¿Y cuánto me dá su merced?

—Lo que gustes, hombre; pero llévanos á prisa, porque me interesa llegar pronto.

—Pues serán tres pesos, señor amo; porque ya ve su merced que es noche de *pre-nunciamento*.

—Bien, bien; te daré los tres pesos; pero vuela.

—Corrientes, suban sus mercedes, señores amos.

Soledad, bien agena de pensar el infame intento de Willey, entró en el coche contenta y agradecida.

El doctor sintió en su pecho el placer de los réprobos al verla en su poder; subió de un brinco tras ella; cerró la portezuela, y diciendo al cochero que echase á andar, se sentó al lado de la confiada jóven, saboreando interiormente los placeres que le iba á proporcionar su infamia.

El cochero aplicó el látigo á las mulas.

El carruaje rodó inmediatamente con direccion al punto indicado por Willey.

El grito de *¡alerta!* repetido de torre en torre por los centinelas de uno y otro bando, indicaba el estado de alarma de la ciudad.

Uno que otro tiro aislado, disparado al

acaso, hacia pavorosa la noche, y mantenía las calles desiertas y silenciosas.

Soledad se estremecía á cada disparo de fusil.

El cochero marchaba por calles retiradas, y dando un gran rodeo, hacía la casa que le habian indicado, para no pasar por donde se hallaban las fuerzas contendientes.

Soledad ansiaba el momento de llegar á donde creía le esperaba Félix.

El doctor anhelaba lo mismo, para satisfacer sus bastardas pasiones.

El ángel confiaba.

El demonio, aprovechándose de esa confianza, le conducía á su ruina.